

DEL PROTOINDOEUROPEO AL BRIBRI: MI VIDA A TRAVÉS DE LA LINGÜÍSTICA

Carla Victoria Jara Murillo

Resumen

Desde los pasillos y aulas de la Universidad de Costa Rica hasta los hermosos parajes de Talamanca, la autora de este texto narra las anécdotas que ha vivido a lo largo de su carrera académica. La fascinación que sintió por el estudio de las lenguas y su relación con eminentes lingüistas, como Adolfo Constenla y Enrique Margery, la llevaron a realizar trabajos sobre las lenguas chibchas de Costa Rica, en especial sobre el bribri. De esta manera, decidida a conocer más a fondo sobre estas lenguas y sus hablantes, emprende viajes a los territorios bribri, malecu, guaymí y boruca, de los cuales se cuentan experiencias tanto sobre la recolección documental como acerca de aventuras entre las maravillosas personas de estos pueblos. Finalmente, queda expuesto el arduo trabajo que la autora realizó en sus estudios de la tradición oral bribri y se concluye con una pequeña reflexión sobre estas vivencias.

Palabras clave: lenguas indígenas de Costa Rica, bribri, experiencias de campo, metodología de investigación lingüística.

Abstract

From the halls and classrooms of the University of Costa Rica to the beautiful landscapes of Talamanca, the author of this paper narrates stories lived during her academic career. The fascination she felt for the study of languages and her relationship with eminent linguists, as Adolfo Constenla and Enrique Margery, led her to work on Costa Rican Chibchan languages, especially with the Bribri. Because of this, determined to know further about these languages and their speakers, she travels to the Bribri, Maleku, Guaymí and Boruca territories. The author relates experiences both about collecting samples as her adventures among the wonderful people of these ethnicities. Finally, it exposes the hard work that she made in her studies on the oral bribri tradition and concludes with a little reflection on these experiences.

Key words: indigenous languages of Costa Rica, Bribri, field experience, linguistic research methodology.

Tendría yo unos veinte años cuando escuché por primera vez hablar del “protoindoeuropeo”. Iba a comenzar una clase a la que todo el mundo en la Escuela de Filología le tenía miedo: Introducción a la lingüística. Eran las seis en punto de la tarde cuando entró al aula un hombre maduro, atractivo, que con voz portentosa y un agradable

Universidad de Costa Rica

<carla.jara@ucr.ac.cr>

Recepción: 3/2/2016- Aceptación: 8/4/2016

acento chileno empezó a hablar sobre las relaciones genealógicas entre el sánscrito y las lenguas europeas. Yo siempre buscaba sentarme en algún pupitre en el fondo del aula; pero cuando empecé a escuchar aquellas misteriosas y fascinantes palabras, recogí mis cosas y me levanté. El profesor me mira sorprendido y me dirige esta pregunta:

- ¿Qué, hija, tan pronto te asustaste que ya te vas?

Muerta de timidez, le respondo:

-No, profesor, es que me parece tan interesante lo que está diciendo que prefiero pasarme a la primera fila.

Desde entonces quedé enganchada en esta apasionante disciplina y ya no pude escapar de ella nunca más.

Aquel profesor de voz maravillosa era don Enrique Margery Peña. A él le debo mi amor a primera vista por la lingüística y, en consecuencia, el que unos cuantos años después de esa primera clase, estuviera yo en la situación de abrir la misma caja de pandora ante los alumnos que habían llegado a la Escuela de Filología, probablemente como yo, atraídos más bien por la literatura, y no por aquella cosa de la que nunca habíamos oído hablar: la lingüística. Y tuve que hacer mis mejores esfuerzos por tratar de causar en ellos la misma impresión que había causado don Enrique en mí, con aquella historia arrebatadora sobre el pueblo que a lo largo de milenios sembró de lenguas vastos territorios de Europa y de la India.

El Departamento de Lingüística de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la UCR estaba ubicado en aquellos tiempos en una casa situada a unas cuabras de la Facultad de Agronomía; era la única dependencia de esa escuela que no quedaba en el cuarto piso del Edificio de Estudios Generales. Ya eso le daba un aire de mundo aparte, diferente; ahí me tocó dar mis primeros pasos en el trabajo con informantes, cuando fui nombrada asistente en el año 1982.

Fue don Enrique quien me propuso para asistente, y una vez nombrada tuve el privilegio de conocer a los profesores Dr. Jack Wilson, que por entonces era director del Departamento, y al Dr. Adolfo Constenla Umaña, que trabajaba intensamente en la investigación de las lenguas indígenas de Costa Rica.

Se me asignó la tarea de preparar un fichero de vocabulario térraba y para ello debía trabajar con don Ricardo Gómez Salazar, nativo de San Francisco de Térraba, que era ya para entonces uno de los muy pocos hablantes fluidos, quizás el último, con que contaba la lengua. Tenía unos 70 años y era un señor coqueto y risueño, al que le encantaba enseñarme frases cariñosas como *fa merkér yónsoe*, 'te quiero mucho', y *fa pofrur tirá*, 'te abrazo un poquito'. Todavía conservo algunas de esas fichas ya muy desteñidas, pero que son un tesoro para mí por haber sido mi primera experiencia recopilando y transcribiendo datos de una lengua indígena que estaba para entonces a las puertas de la extinción.

Este primer episodio de lingüista incipiente terminó de forma intempestiva: estaba en cuarto año de carrera y solo me faltaba una materia para completar el bachillerato en filología española, cuando en uno de esos arranques de juventud, surgió la oportunidad de irme a vivir a Holanda por un tiempo y la acepté. Cuando me presenté ante don Adolfo a explicarle mi situación, por la cual con mucha pena tendría que renunciar a la asistencia en el Departamento, me dijo -palabras cuyo recuerdo conservo como un gran honor-:

- ¿Por qué no lo piensa mejor? Si se queda y continúa el trabajo, le ofrezco ponerla como coautora del diccionario de térraba cuando lo publique.

¿Debí haber aceptado aquel ofrecimiento? Hubiera sido sin duda muy honroso aparecer como coautora de don Adolfo Constenla; pero hubiera tenido que esperar 25 años, ya que don Adolfo no publicó *La Lengua de Térraba* sino hasta el año 2007.

Cuento este detalle simplemente como anécdota; aquí lo importante fue haber tenido la ocasión de trabajar con aquellos eminentes lingüistas y recabar la experiencia necesaria para asumir, al convertirme en profesora de lingüística cinco años después, en 1987, mi propio camino como investigadora de lenguas indígenas de Costa Rica.

Una experiencia previa al trabajo profesional fue la realización de mi tesis de maestría: “El campo léxico de la vivienda en el bribri de Coroma”, publicada en *Estudios de Lingüística Chibcha* 6, 1987. El último curso que llevé de la maestría fue Análisis Componential, con don Enrique Margery. Estaba terminando cuando me plantea don Enrique la necesidad que tenía el Departamento y especialmente el Programa de Maestría, de que alguien se encargara del curso de bribri:

- Así que, hija, es urgente que termines tu tesis lo antes posible; la aplicación que estás haciendo de la semántica estructuralista al léxico de la vivienda en bribri me parece un excelente tema de tesis, de manera que yo te voy a dirigir ese trabajo.

Y así fue; seis meses muy intensos de labor me permitieron ampliar y profundizar la investigación para obtener el grado de maestría.

Fue durante este período que tuve la gran suerte de conocer a quien sería mi colaborador y amigo desde entonces y hasta la fecha, don Alí García Segura. Él estaba contratado como informante de lengua bribri y muy rápidamente nos dimos cuenta de que teníamos una química de trabajo conjunto impresionante. Alí solo tenía 17 años, pero era incansable a la hora de trabajar tanto en el escritorio como en el campo; y así, iniciamos una relación muy productiva de investigación de la lengua y la cultura bribris que ha seguido ininterrumpidamente desde aquel primer contacto, mientras trabajaba en mi tesis de maestría.

El primer proyecto de investigación que llevé a cabo por mi cuenta se llamó “Folclor narrativo en la lengua bribri de Talamanca” y estuvo adscrito al programa de investigación que creó don Adolfo Constenla, “Investigaciones Lingüísticas sobre

Lenguas Indígenas de Costa Rica y Áreas Vecinas”, cuya coordinación me encargó don Adolfo a partir de 1996.

El resultado de ese proyecto fue el libro *I ttè. Historias bribbris*, publicado en 1993 por la Editorial de la Universidad de Costa Rica. El trabajo de campo que realicé en Talamanca durante cuatro años, siempre con el apoyo de Alí, para recopilar los siete textos que aparecen en el libro, fue el tiempo más mágico que he vivido como investigadora de campo. Conocer al gran *awá* ('médico') don Francisco García ha sido una de las experiencias más fascinantes de mi vida. En el estudio preliminar que presento en el libro traté de recoger el sentimiento que me imprimieron esas experiencias de campo con don Francisco:

Una vez que arrancó la narración y conforme el narrador se fue consumiendo en la historia, al mismo tiempo su mirada se iba incrustando en la montaña que veía fijamente mientras hablaba. Su ser se había transportado al tiempo y lugar de los hechos que narraba, ora al tiempo de la oscuridad, ora al tiempo en que el mundo acababa de ser iluminado. Estábamos en el rancho; él, sentado en la hamaca, se apoyaba en su bastón.

Por la circunstancia de que don Francisco padece un alto grado de sordera, su introspección y concentración resultaban aún mayores. Los requerimientos del interrogador apenas si lo distraían; es por esto que a la hora de traducir las historias se puede constatar que los *awápa* no suelen narrar aquellas historias que se les solicitan, sino las que ellos escojan, según su propio criterio.

Al final de la sesión, que termina cuando el *awá*, ya cansado, se levanta diciendo “no más”, el anciano, siempre apoyándose en su bastón, encorvado por su edad centenaria, y con un pañuelo cubriéndole la cabeza, se dirige lentamente hacia la montaña que antes miraba, se interna en ella y se le escucha alejarse entonando los cantos que lo transportan a la edad remota en que Sibò estuvo peleando con los *Sòrbulu*. (*I ttè. Historias bribbris*, ps. 30-31)

Cuando hacíamos expediciones de investigación a Talamanca, nos hospedábamos en la casa de los papás de Alí: doña Anastasia Segura y don Silverio Morales. En aquellos tiempos viajábamos de San José a Limón, en bus; de Limón a Bribri, a la entrada del Territorio Indígena de Talamanca (antes mal llamado “reserva”), en otro bus. De Bribri a Suretka todavía tomábamos otro bus. Conforme cambiábamos de bus para adentrarnos más en el Territorio, los buses iban perdiendo presencia, y partes, al punto que este último solo contaba con piso, unos asientos desvencijados y motor; pero el paisaje que íbamos disfrutando, especialmente cuando llegábamos allá al atardecer, no tenía palabras.

Río Sixaola, Talamanca



Después de los buses seguían los ríos; había que cruzarlos a pie. Era importante llevar todo el equipo bien protegido en bolsas plásticas, por si se nos caía al agua, lo que no era raro. Eran varias horas de camino y algunas veces nos agarró la noche antes de llegar a nuestro destino en la zona de Alta Talamanca, donde estaba la casa de Alí, en la pequeña comunidad de Coroma.

Una vez nos tocó quedarnos en la casa de Trini, la mayor de las hermanas de Alí, que estaba casada con un cocinero y tenía varias hijas juguetonas y bromistas. Llegamos bastante tarde y ya habíamos estado comiendo tonteras durante el viaje, de manera que al llegar estaba yo rendida, muerta de sueño y sin el más mínimo asomo de hambre. Pero algunos minutos después de llegar, Trini nos entrega a cada uno un tazón gigantesco de sopa de pollo que el marido había preparado rápidamente. Yo miro a Alí y le digo:

- Alí, yo no me puedo comer esto; estoy repleta.

A lo que Alí me respondió:

- Amiga, haga un esfuerzo; aquí en Talamanca no se puede rechazar la comida que se le ofrece a una visita.

Entendí de inmediato y me apresuré a tomarme la sopa, que por cierto estaba deliciosa; ¡cómo hubiera querido tener hambre para haberla disfrutado más! Ya me la estaba acabando, cuando se acerca una de las chiquillas con un vaso enorme de café negro:

- Alí, yo no me puedo tomar ese café; no dormiré en toda la noche.

Y Alí:

- Amiga, haga un esfuerzo; aquí en Talamanca no se debe rechazar nada que a uno le ofrezcan, ni de comer, ni de tomar.

Así que me tomé el enorme vaso de café y luego todavía hubo tiempo para jugar un rato con las sobrinatas de Alí; ya yo sabía que no iba a poder dormir, así que me hice a la idea y me puse a vacilar con ellas. Pero las muy malvadas empezaron a decirme:

- No se asuste, pero aquí en la noche caen unas arañas grandísimas del techo, pero no hacen nada...

Bueno, esa noche precisamente no fue muy placentera.

Cuando llegábamos a Coroma, lo primero que había que hacer era ir a bañarse al río. La bañada en el río en Talamanca es a todas horas, y es motivo de estupefacción para los bribris cuando llegan *síkuas* ('no indígenas') por allá y no se muestran muy interesados en este constante baño. Son tantos los ríos y quebradas de aguas cristalinas, que por falta de agua no se puede quejar uno.

En la casa de doña Anastasia, la mamá de Alí, es de rigor, al llegar, que le ofrezcan a uno un buen guacal de chicha, chicha refrescante y deliciosa, de maíz. Durante la tarde, el trabajo. No todos los lingüistas trabajamos igual. Recuerdo que, en giras que realicé con don Adolfo Constenla, él hacía un trabajo de educación sistemático; se sentaba con el hablante y tomaba muchas notas en un cuaderno. Yo más bien me preocupaba por las grabaciones; lo indispensable era asegurarse de tener "cassettes" y baterías suficientes, y que la grabación quedara lo mejor posible. El trabajo de transcripción lo hacía en San José, en el escritorio, con Alí; eso sí, les dedicábamos muchas horas, días, semanas de trabajo a esas transcripciones; siempre hemos buscado que sean lo más fieles posible al texto recogido. Así, por ejemplo, la metodología seguida en la recopilación y la posterior presentación de los datos en *I ttè* fue la siguiente:

Para recopilar el material que aquí se incluye estuvimos en Talamanca escuchando y recogiendo en grabaciones magnetofónicas las historias narradas por don Francisco García.

Con cada narración se trabajó de la siguiente forma: con base en la grabación, se hacía una primera transcripción del texto, seguidamente se revisaba y corregía la transcripción y la grafía, a lo que seguía la traducción literal palabra por palabra. En el formato de la narración, cada línea de texto bribri aparece numerada y, debajo de ella, su traducción literal, correspondiéndose siempre cada palabra bribri con su traducción. Al pie del texto, se dan las notas explicativas que permiten al lector una mayor comprensión de la estructura de la lengua. Finalmente se presenta la versión libre en español con la misma numeración de líneas correspondiente al texto bribri.

Podemos decir en resumidas cuentas que la estrategia que siguió esta investigación responde a dos intereses fundamentales: captar la narrativa bribri de manera integral, es decir, como fundamento de la cultura, acontecimiento del

habla y expresión literaria, y superar la necesidad de que se publicara un texto en que signifiante y significado se presenten de la forma indisoluble en que están ligados en la realidad comunicativa. (I tté. Historias bribris, ps. 16-17)

En estas giras a Talamanca a veces confluían otras actividades, como por ejemplo la vez que Alí llevó a un equipo de futbol de la UCR para que jugara un partido contra el equipo de Coroma. Recogí esa experiencia en un pequeño artículo que publiqué en el diario nacional *La Prensa Libre* (25/03/1987) y que aquí reproduzco:

Ìs be' shkèna?

Aparte de que constituye una de las tres cadenas montañosas de nuestro país, poca gente sabe qué más implica Talamanca.

Es en la región talamanqueña donde se encuentran los mayores asentamientos indígenas del país, algunos de ellos enclavados en la montaña, otros más accesibles ahora por la carretera que llega hasta Sixaola.

Entre las poblaciones más difíciles de alcanzar se encuentra Coroma, un universo selvático, prístino, como debió de haber sido nuestro continente antes de la conquista española. Sin embargo, no falta, en el puro centro del lugar -cuya población se encuentra diseminada en un diámetro de unos dos kilómetros-, la imprescindible: la cancha de futbol. Los coromeños sienten una gran inclinación por este deporte y así lo demuestra el que los miembros de la Junta de Vecinos, así como la comunidad en general, anden siempre en busca de equipos para concertar encuentros, ya como visitantes, ya como anfitriones.

Y como tales, los coromeños son especialmente hospitalarios. Tuve la oportunidad de participar en un viaje que hizo uno de los equipos de la Universidad de Costa Rica invitado por la Junta Directiva del equipo de Coroma. Los muchachos de la U, que no sabían lo que significaba llegar allá, la primera noche se lamentaban de sus "Nike's" embarrialadas, de sus jeans rasgados, del cansancio, de todo; pero al día siguiente muchos de ellos bailaron el "sorbón", antiguo baile que ejecutan los mayores, otros cantaron y todos disfrutamos alegremente de la gran fiesta que había organizado la comunidad. Tan acogedora fue la visita, tan emotiva la experiencia, que he olvidado el resultado del partido.

Fue la ocasión para que un grupo de jóvenes estudiantes universitarios tuvieran la oportunidad de conocer a uno de nuestros más numerosos pueblos autóctonos: los bribris, sus tradiciones, costumbres y hasta alguna que otra palabra de su lengua. Otras agrupaciones de futbol de cualquier parte del país podrían hacer contacto y aprovechar el deporte para aprender sobre los pueblos indígenas, por lo general tan desconocidos para los "sikuas" (gente blanca o extranjera).

Llegar allá es lo difícil, pero al mismo tiempo una gran aventura. Quizás el lugar no sea muy accesible, pero una cosa más importante lo es: la hospitalidad. Haga amistad con una sola expresión: *Ìs be' shkèna?* '¿Cómo está usted?'

Un buen día de trabajo en Talamanca siempre es recompensado con una succulenta comida que típicamente consiste en arroz blanco, plátano verde asado y un buen pedazo de carne, por lo general de cerdo o de algún otro delicioso animal que la selva provee. Un buen guacal de chicha, o café, y a veces unos pejibayes. Por la noche, mi mayor alegría era meterme en una rústica hamaca colgada en el corredor y dormirme contemplando las enormes y rutilantes estrellas colgadas del techo de la casa de Sibò, el cielo.

Una vez yo tenía que regresar sola a San José; dos amigos bribris, Hernán Segura y Lisandro Díaz, podían sacarme a Suretka en bote pero como a las cuatro de la mañana. A esa hora caminamos silenciosos hasta la orilla del río Coén para agarrar la panga que nos llevaría río abajo. Yo siempre llevaba mis casetes de música, indispensables para mí en aquellos años mozos. Me senté en el centro del bote mientras mis compañeros remaban pausadamente en el silencio y la penumbra de la madrugada. Yo llevaba puestos los audífonos porque pensaba que tal vez a ellos podría molestarles ese ruido de la música tan ajena al paisaje. Al cabo de un rato, uno de ellos me pregunta:

- ¿Y qué escucha?

En ese momento me percaté de que en lugar de ser respetuosa, estaba siendo una gran egoísta, y que ellos también querían oír la música. Todavía preferí cerciorarme:

- ¿Quieren oír?

- ¡Pues claro, muchacha!

A veces, por falta de comunicación, en lugar de hacer un favor, metemos la pata.

En otras ocasiones me tocó viajar con don Adolfo Constenla a los palenques malecus: Margarita, Tonjibe y El Sol, en la zona de San Carlos de Alajuela. Trabajábamos a la luz de las candelas con don Eustaquio Castro, con quien don Adolfo guardó hasta su último día una entrañable amistad.

Los malecus son, como los bribris, muy hospitalarios, y cuando íbamos nos recibían con una gran palangana de los deliciosos pejibayes que se producen en la zona. La luz dorada del sol y el naranja brillante de los pejibayes se asociaron indeleblemente en mi memoria, al punto que hice una canción, *Tóji ta lhúma*, Sol y pejibaye, que le dediqué a nuestra amiga malecu doña Gabriela Álvarez, del Palenque Tonjibe.

Ya vamos subiendo para Los Ángeles
allá va nha Gabriela con sus pejibayes,
sube la cuesta pa' arriba, baja la cuesta pa' abajo,
no se le escucha una queja, solo tóji ta lhúma

Lhúma ta tóji, tóji tóji ta lhúma...
 Lhúma ta tóji, tóji tóji ta lhúma...
 Ya va subiendo Gabriela con su zurrón a cuestras
 lleno de pejibayes, debieran ser estrellas...

Lhúma ta tóji, tóji tóji ta lhúma...
 Lhúma ta tóji, tóji tóji ta lhúma...

Uno de los cursos que me fueron asignados en mis primeros tiempos como profesora de la maestría en lingüística fue Metodología del trabajo con informantes. Cada año se seleccionaba una lengua indígena y se iniciaba el dificultoso proceso de conseguir al “informante” (abandoné hace mucho este término, que tiene una cierta connotación negativa; prefiero hablar de consultores o colaboradores).

Me correspondía impartir el curso y la lengua seleccionada fue el bocotá, o más exactamente, el buglere. La lengua buglere está cercanamente emparentada con el ngäbere, ambas de la familia chibcha. Tradicionalmente se ha considerado a los ngäbes y a los bugles como un mismo grupo cultural, identificado conjuntamente como “guaymíes”, y cuyo grueso de población se encuentra en Panamá. En Costa Rica hay varias comunidades mayoritariamente ngäbes, y en ellas conviven algunos bugles. Pero los ngäbes llaman a los bugles “muris” y los caracterizan como “moradores de la sabana”, por lo que algunas veces se les ha denominado “guaymíes sabaneros”.

Había entonces que hacer una expedición al Territorio Indígena Guaymí de Coto Brus, a buscar un consultor de buglere. Como yo estaba todavía muy en ciernes en este tipo de trabajo como para ir sola, se decidió que iríamos el equipo de investigadores en lenguas indígenas, que éramos don Enrique Margery, don Adolfo Constenla y yo. Además nos acompañó esa vez el fotógrafo de la UCR Luis Alvarado, con quien hicimos una bonita amistad.

La verdad es que, excepto por la dirección hacia el Pacífico Sur y saber que se debía llegar a San Vito, nadie tenía muy claro cómo llegar a alguno de los poblados ngäbes. Don Adolfo era siempre el que llevaba la batuta en esos viajes y decidía lo que se hacía y por dónde se iba. Empezamos a preguntar en unos caseríos al pie de la montaña y una señora muy amable nos dijo:

- ¿Ven esa montaña? Hay que cruzarla y más allá van a encontrar el pueblo. Si quieren se llevan a este chiquillo para que los guíe.

Y empezamos a trepar montaña como a las 11 de la mañana; bajamos pensando que ya estábamos cerca, cuando nos dice el chiquillo:

- No, es detrás de aquella otra.

Ah bueno, seguimos trepando y bajando montaña. Llegamos a una quebradilla donde pudimos refrescarnos y descansar un rato.

- ¿Cuánto falta?, -pregunta don Enrique, a lo que el niño responde:

- Casi nada, es allá despuesito de esa montaña.

Y seguimos trepando y bajando montaña, hasta que don Enrique dijo:

-Ya yo no puedo más, ¿ven aquel ranchito? Me voy para allá y ahí los espero cuando regresen.

Los demás seguimos trepando y bajando montaña; allá como a las tres de la tarde fuimos llegando a un poblado guaymí muertos de cansancio, cuando vemos a don Enrique fresco y orondo, rebosante de aquella alegría y buen humor que lo caracterizaban. Resulta que por el otro lado, llegando a Villa Neily, el trayecto hasta la comunidad a donde llegamos era como de diez minutos. ¡Había hasta carretera! Claro que don Adolfo se puso muy serio como siempre y no le hizo nada de gracia reconocer que, al menos por esa vez, habíamos estado un poco desorientados.

Fue en esa gira que conseguimos como consultor de la lengua buglere al señor Francisco Rodríguez Atencio, originario de Chiriquí, Panamá, pero que vivía desde hacía mucho tiempo en Casona, Coto Brus, ejerciendo el oficio de sastre. Don Francisco trabajó con nosotros unos nueve meses, durante los cuales residió en San Pedro, sobreviviendo la consuetudinaria discriminación que a menudo caracteriza a los ticos, no solo hacia a los indígenas, sino hacia cualquier grupo humano que considere exógeno.

A don Francisco se le buscó una pensión cerca de la UCR. Un día que no aparecía fuimos a la pensión y lo encontramos todo afligido: no había podido presentarse a trabajar porque le habían escondido los zapatos. Este tipo de agravios y burlas soportaban a menudo los consultores indígenas en San José. ¿Habrá mejorado esta situación? ¡Quién sabe!

Debido al poco tiempo que estuvo don Francisco con nosotros, no fue posible generar mucha investigación sobre la lengua buglere; sin embargo, algo logró hacerse. En aquel momento casi no se contaba con información sobre esa lengua; solo estaban los estudios fonológicos realizados por Robert y Mary Gunn en los años setenta. Pudimos investigar un poco sobre la sintaxis, el sistema de parentesco y don Enrique Margery recopiló y publicó una buena cantidad de tradición oral.

Resulta que yo estaba muy concentrada en el análisis del sistema de parentesco bocotá (así le llamamos entonces a esa lengua), estudio que apareció en la Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica (vol. 15, no. 2) en 1989. Tenía largas conversaciones con don Francisco sobre su lengua y su cultura y un día empezó a contarme sobre varias guerras que los guaymíes habían librado contra distintos pueblos en tiempos ancestrales. Yo empecé a grabarle estas historias, pero como estaba tan consumida en el trabajo sobre el parentesco, tenía claro que quién sabe cuándo iba a poder entrarle a esas grabaciones. Una día se me ocurrió preguntarles a don Enrique y a don Adolfo:

-¿Ustedes han escuchado sobre las guerras de los guaymíes que cuenta don Francisco?

Se volvieron a ver extrañados y no me dijeron nada. Yo seguí con los trabajos que estaba haciendo sobre sintaxis y parentesco. Al año siguiente veo que don Enrique publica “El ciclo épico bocotá de las cuatro guerras”. Me quedé con los casetes grabados, todavía los tengo; pero si don Enrique no se hubiera dedicado con aquella minuciosidad característica suya al trabajo de grabar, transcribir y publicar esas historias, tal vez no se hubiera hecho, y sin duda hizo un trabajo mucho mejor del que yo jamás hubiera podido hacer con mi escasa pericia de aquel tiempo.

Una experiencia que no puede perderse una persona que se considere estudiosa de los pueblos indígenas de Costa Rica es la fiesta de los diablitos de Boruca. Esa actividad se realizaba dos veces al año, en diciembre y en enero. Convencí a mi inseparable compañera de aventuras, mi madre, de que nos fuéramos a pasar allá el fin de año para participar en la fiesta con los borucas.

Ya yo había estado en aquella comunidad, cuando preparaba el *Alfabeto Práctico Boruca* (1987, Ministerio de Educación Pública). Esa vez estuve con doña Paulina, la viuda del gran erudito boruca don Espíritu Santo Maroto, a quien no tuve el honor de conocer en vida. Doña Paulina era ya para entonces una de las últimas hablantes fluidas de la lengua; era una viejecita encantadora, milenaria, que parecía conservarse inmutable desde los tiempos en que nada presagiaba la invasión europea que daría al traste con aquel mundo prístino detenido en el tiempo y el espacio.

Pacífico Sur, rumbo a Boruca



Boruca, fiesta de los diablitos



En este segundo viaje conocí a otra familia, los Morales, que tenían una casita nueva de bloques, pero cuya madre prefería seguir en el oscuro y fresco ranchito tradicional que conservaban junto a la casa y donde estaba el fogón permanentemente encendido.

Estuvimos vacilando con los diablitos toda la tarde y ya entradita la noche, haciendo caso omiso de que en el mundo exterior era 31 de diciembre, nos instalamos en la sala vacía de la casita nueva que los Morales, con esa hospitalidad proverbial que caracteriza a estos pueblos, nos habían ofrecido. Nos fundamos en los *sleeping bags* que llevábamos y estábamos bien dormidas, cuando sentimos que alguien sigilosamente intentaba despertarnos. Era una de las muchachas, que al punto en que nos despabilamos nos dice:

-¡Vengan, vengan! Es medianoche y acaban de llegar nuestros hermanos; vamos a comernos un tamal a la cocina para recibirlos.

Resulta que dos de los muchachos se encontraban estudiando con becas en algún país de Europa del este y habían llegado justamente el 31 de diciembre para pasar el fin de año con su familia. Ahí en ese íntimo ranchito con su fogón eterno disfrutamos de un delicioso tamal de arroz y de las aventuras de los muchachos borucas por el viejo mundo. Fue la mejor fiesta de fin de año que he pasado en mi vida.

Ya para la década de los noventa, después de mucho trabajar en el análisis de la tradición oral bribri, me doy cuenta de que una de las mayores dificultades con que nos enfrentábamos era la enorme diversidad onomástica que existe en esa tradición. Le digo a mi inseparable colaborador:

- Allí, aquí lo que necesitamos para poder avanzar más eficientemente es un diccionario, que reúna y sistematice esta gran cantidad de nombres de personajes mitológicos.

Sabíamos que era una tarea difícilísima, pero la dificultad nunca ha sido un obstáculo para nosotros. Nos dedicamos a trabajar en el *Diccionario de Mitología Bribri*, que publicó la Editorial de la Universidad de Costa Rica en 2003. Como asistente en aquel tiempo tuve el placer de contar con quien había sido mi alumno en la maestría en lingüística, hoy el Dr. Carlos Sánchez Avendaño.

Yo era -y sigo siendo- muy poco amiga de tener asistentes, tanto para mis cursos como para los proyectos de investigación: para los cursos no, porque -pienso- para eso me pagan; y para la investigación tampoco, porque eso es lo que más placer me da, ¿cómo lo voy a delegar en otro?

Sin embargo, cuando me consultaron si requería asistente para este proyecto, y como ya conocía la capacidad de Carlos y sus especiales dotes para la lingüística, dije: “¡Solo que fuera Carlos!” Por dicha así fue; Carlos trabajó intensamente con Alí y conmigo en el proyecto que culminó en el *Diccionario* y por eso, este debe considerarse un trabajo colaborativo, hecho en equipo. Carlos, que aparece en esa obra como asistente de recopilación y redacción, pasó rápidamente de ser un estudiante sobresaliente a ser un colega del Departamento de Lingüística al cual le guardo especial respeto y admiración.

Interrogantes como las siguientes fueron la motivación para hacer el *Diccionario*:

Aparte de Sibò, el dios y eje central de la mitología bribri, ¿cuáles son los personajes clave que integran ese mundo mitológico?

¿Cuál es la relación entre estos personajes, cuál es la función de cada uno; cuáles colaboran con Sibò, cuáles actúan en su contra?

En los materiales publicados abundan nombres que parecen designar al mismo personaje: ¿cuáles de estos nombres se refieren al mismo ser?

Estos planteamientos nos convencieron de que era indispensable contar con una obra que orientara al investigador y a los bribris mismos en ese profuso mundo, tan densamente poblado de seres y de eventos significativos para la cultura.

Para abordar el tema de la mitología bribri es necesario partir del concepto fundamental del *sĩwò'*, también pronunciado *sĩwã'*, según el dialecto. El *sĩwò'* es el conjunto de historias que transmiten los hechos del mundo mitológico bribri. El concepto tiene una compleja esfera semántica, ya que puede significar historia, alma y viento. En un sentido más abstracto, comprende el cuerpo de conocimientos que define la forma en que los bribris interpretan la realidad. En la visión tradicional, las historias que lo conforman son hechos reales, constituyen la historia del pueblo bribri, pues historia, cuento, mito, filosofía, son una sola dimensión unificada. Uno de los rasgos sobresalientes de este cuerpo de conocimientos es el simbolismo mediante el cual el mundo de Sibò, es decir el mundo que se narra en las historias, representa el sistema de creencias bribri. El *sĩwò'* es apenas vestigial en la actualidad, lo cual se comprueba

en el hecho de que la gran mayoría de las historias recogidas en las fuentes carecen de las porciones cantadas y recitadas, partes fundamentales del antiguo discurso del *sūwõ'*.

Con la intención de comprender mejor ese complejo mundo y tratar de dar respuesta a las interrogantes que nos planteamos al inicio de la investigación, propuse una especie de clasificación (a la que preferí llamar “agrupación”) de entidades míticas, que nos permitiera comprender con mayor facilidad las relaciones entre ellas. Los términos definidos, que constituyen aproximadamente 500 entradas, se ubicaron en siete dimensiones: *Sibõ'*, que por sí solo es una categoría de un único miembro: el dios creador (o héroe cultural para algunos investigadores); los *yàmipa*, que son los personajes principales, parientes y colaboradores de *Sibõ'*; los *akëköl* son los máximos representantes de las plantas y los animales; los *bé'* son los diablos y otras entidades malignas; *ditsõ'* incluye todo lo relacionado con la semilla de maíz origen de los indígenas, como rangos o cargos, títulos y términos de parentesco, nombres de clanes, etc. Las dos últimas categorías son *iyi* (piedras mágicas, curativas y sagradas, otros objetos míticos sagrados, etc.) y *kõ'* (o *kã'*), lugares relevantes para el *sūwõ'*.

A manera de ejemplo, en el grupo de personajes identificados como *bé'* 'diablos', encontramos gran cantidad de nombres, sobre los cuales dice el *Diccionario*:

Estas entidades constituyen varios subconjuntos difíciles de agrupar; muchas de las denominaciones se refieren indistintamente a colectividades o individuos. Podemos considerar que su rasgo es la “disforidad”: son entidades disfóricas, es decir, negativas, perjudiciales, peligrosas, en conjunto se refieren a lo malo. En la interfase con el grupo de *akëköl*, podemos citar al grupo de diablos felinos *Dinamu*, *Namàlama*, etc. En la interfase con el grupo de *ditsõ'*, ubicamos a las humanidades anteriores a los humanos actuales. (Diccionario de Mitología Bribri, p. xxx)

La categoría *bé'* incluye: humanidades anteriores a *se'* *ditsõ'* 'nuestra semilla', diablos, espantos, monstruos que castigan el incesto, otros seres que castigan por otras razones, señales de mal agüero, tabúes, enfermedades y calamidades. Solo de los considerados diablos propiamente, se recogen los siguientes:

Abèbulu, que se identifica con *Yàbulu*.

Áknama, que se identifica con *Itsa'*.

Alàbulu, rey del pollo, también llamado *Làbulu* y *Jabèbulu*.

Alákilirma, diablos de los pozos.

Aláyuli, uno de los diablos de los pozos.

Bukulú, diablo y también tabú.

Dinamu, tigre de agua, diablo felino.

Itsa' o *Itso'*, uno de los diablos principales.

Kirítöm, grupo de diablos, también denominados *Lan* y *Kritaba*.

Namàlama, diablos felinos.

Ögalasi, diablo cazador de dantas.

Sòrkula, también llamado *Sòtèra*.

Shkua', diablo rey de las nubes.

Yàbulu, también llamado *Iàlia*.

Yókalò, diablo felino, familia de *Namàlama*.

El *Diccionario de Mitología Bribri* compila una gran cantidad de fuentes, las cuales se identifican en cada una de las entradas. En este sentido, como todo diccionario de esta naturaleza, el trabajo es un compendio de la labor realizada por muchos investigadores y consultores que documentaron en diversas publicaciones aquel mundo de la oscuridad, cuando Sibò estuvo preparándolo todo para que llegara *se' ditsò*, la semilla, origen de los humanos.

Las cosas en el campo no siempre salen como uno espera. Cuando me correspondió dirigir el Instituto de Investigaciones Lingüísticas, de 2004 a 2008, nos llegó una solicitud del Departamento de Educación Indígena del Ministerio de Educación Pública (MEP), según la cual los maestros de lengua cabécar querían que se realizara una investigación para determinar con datos fehacientes la situación dialectal de esa lengua. Decidimos comenzar en la región de Alto Chirripó y, en abril de 2005, parte del equipo que se había formado para realizar el proyecto nos fuimos a la primera gira de recolección de datos; entre ellos íbamos la lingüista Carmen Rojas, del MEP, Alí García y yo.

En horas de la mañana llegamos a Turrialba y de ahí seguimos a Grano de Oro, población que se ha denominado “la capital de Chirripó”. Después de una hora de camino, llegamos a la quebrada de Tsipirí, topónimo cabécar formado de *tsipí*, la planta llamada ave del paraíso, y *dí* 'río'. Aquí esperamos cerca de una hora por un caballo que transportara la carga; el caballo no podía llevarlo todo, y como había algunos compañeros de viaje que no andaban muy bien de salud, me toco a mí cargar mi salveque, que iba bien pesado con los materiales de las encuestas. Había que subir una cuesta empinadísima, de puro barro, para llegar a la escuela de Tsipirí. Pasado este primer tramo del trayecto, me di cuenta de que iba a tener problemas para continuar la gira si el camino seguía así, y sobre todo si tenía que cargar el material. En Tsipirí logramos que otro caballo llevara el resto de la carga y así pudimos continuar hacia Tsiniclorí, otro topónimo cabécar, compuesto de *tsiní* 'hule', *klö* 'tronco' y *dí* 'río', es decir, el río del tronco del árbol de hule.

Después de cuatro horas de camino bajando por una pendiente casi vertical, empezamos Alí y yo a cuestionar nuestra capacidad para continuar.

- ¿Será que ya estamos muy viejos para andar en estos trotes? - le preguntaba yo a Alí.

Durante el trayecto, tuve una conversación con Rogelio, maestro de la zona y coordinador de lengua y cultura cabécar del MEP, que me llenó de preocupación. Me pregunta:

- ¿Para qué es este trabajo que ustedes vienen a hacer?

- ¿Cómo? -le respondo-; estamos atendiendo la solicitud de ustedes, los maestros cabécares, de que se hiciera un estudio dialectal.

Él se sorprendió; no sabía de qué le estaba hablando. Me dijo que para eso no era necesario venir a poblaciones tan alejadas, que los cabécares iban constantemente a Grano de Oro, en donde perfectamente se podía hacer el trabajo, y que en toda la zona se hablaba igual. Sus comentarios me descorazonaron; ya no era solo yo quien estaba en problemas, sino que el proyecto mismo quedaba sin ninguna base de sustentación.

Llegamos a Tsiniclorí, a la orilla del río Chirripó, a eso de las seis de la tarde; pensábamos visitar al día siguiente la comunidad de Chikiari, a dos horas más de camino, y luego la de Alto Almirante, a otras tantas horas; sin embargo, Alí y yo, que ya no dábamos, pensamos que “el que mucho abarca poco aprieta”, y que era mejor no pretender llegar a más comunidades, ya que pasaríamos la mayor parte de la gira caminando. Decidimos instalarnos en la escuela de Tsiniclorí.

En mi bitácora de viaje escribí: “Mañana saldremos de aquí a las 5 de la mañana de vuelta hacia Tsipirí, con la esperanza de que venga un caballo cuyo dueño ya tenemos conversado, para que lleve la carga; si no aparece el caballo, voy a dejar aquí tirado todo lo que traje y me llevaré exclusivamente las encuestas respondidas. Esperamos poder salir; no sé cómo voy a hacer la subida, pero pienso que con el apoyo moral de Alí y yendo despacio, aunque duremos todo el día, podremos llegar a Tsipirí.”

El proyecto no prosperó; sin embargo, a pesar de lo desconsolada que estaba la noche que escribí esas palabras en mi bitácora, de esa gira tengo unos recuerdos, aunque vagos, muy hermosos: primero, fue impresionante conocer que aquella escuela remota de Tsiniclorí contaba con computadoras, pues era parte de un proyecto piloto para dotar de recursos tecnológicos operados por medio de paneles solares a escuelas de zonas alejadas; luego, recuerdo ver alineadas a la entrada del aula las botitas de los niños, todas igual de pequeñas y de embarrialadas; más tarde, un chapuzón en el río Chirripó, entre sus inmensas rocas grises, que me hizo sentirme como en otro planeta.

Estuve dedicada por varios años a otro tipo de investigaciones, en particular a la llamada “lingüística popular”, por una parte, y al análisis del discurso político-presidencial, por otra. Durante unos años residí con mi familia fuera de Costa Rica y aproveché ese tiempo para completar una investigación que había estado desarrollando por mi cuenta: la sistematización de las opiniones de los hablantes costarricenses sobre su propia forma de hablar y cómo la caracterizaban frente a la de otros; esto es lo que se denomina “lingüística popular”. Como resultado de esa investigación publiqué *El español de Costa Rica según los ticos* (2006, Editorial de la Universidad de Costa Rica).

Más adelante, me aboqué a la construcción de un sitio web que contuviera la totalidad de los mensajes presidenciales del 1º de mayo ante la Asamblea Legislativa (el Congreso, antes de 1949). Como tenía interés en analizar este tipo de discurso y no existía una colección digital de estos documentos, pensé que podía ser un aporte útil, no solo para el análisis del discurso, sino para muchos otros campos, como la historia, las ciencias políticas, la educación, etc. Producto de ese trabajo es el sitio “Mensajes Presidenciales de Costa Rica”, ubicado en <https://sites.google.com/site/mensajepresidencialcr/>.

Sin embargo, dice el tango que siempre se vuelve al primer amor, y volví a retomar el trabajo apasionado con el bribri, una lengua y una cultura que no terminan de maravillarme. Esta vez es Alí quien me propone un nuevo libro. Resulta que él había grabado varias entrevistas a personas que se graduaron en diversos cargos o profesiones fundamentales de la cultura y que están por extinguirse. El objetivo fundamental era documentar los ritos de preparación de los cargos de *awá* 'médico', *sĩõ'tãmi* 'encargada de las piedras sagradas de los médicos' y *ókõm* 'enterrador', poniendo especial énfasis en la transcripción, lo más precisa posible, de las grabaciones recogidas por Alí, a fines del siglo XX, a personas bribris que ostentaban estos cargos. Las entrevistas originales se incluyeron como archivos de audio en un CD que acompaña al texto.

Este fue un arduo trabajo de transcripción y traducción, por lo complejo de los temas desarrollados por las personas entrevistadas; por ello requirió de varias etapas que resultaron en diversos niveles de traducción.

Las entrevistas fueron transcritas en el alfabeto práctico del bribri diseñado por el profesor Jack Wilson en 1982 y posteriormente modificado por don Adolfo Constenla. Nosotros incorporamos un cambio en cuanto a la representación de la nasalidad de las vocales. El bribri tiene las mismas vocales del español -a, e, i, o, u- y dos vocales orales más, que se representan *ẽ* y *õ*; además tiene cinco vocales nasales: *ã*, *ẽ̃*, *ĩ*, *õ̃* y *ũ*. Las vocales nasales se representaron por mucho tiempo mediante el subrayado de la vocal (a, e, i, o, u); sin embargo, dados los cambios tecnológicos y la dificultad de utilizar intermitentemente el formato de subrayado en los procesadores de texto actuales, nosotros decidimos volver a la representación que usó Henri Pittier en sus

datos del bribri, que es además la que representa nasalidad en el Alfabeto Fonético Internacional: la tilde de nasalidad /~/ . Hago un recuento detallado de la necesidad de este cambio en el artículo “Observaciones para el estudio dialectológico de la lengua bribri”, publicado en la revista *Estudios de Lingüística Chibcha*, no. 23, de 2004.

A la transcripción de las entrevistas le siguieron tres distintos niveles de traducción al español. En primer lugar, se da una “traducción léxica”: a cada palabra en bribri corresponde un significado básico en español, de manera que el texto original junto con este primer nivel constituye un principio de diccionario. Para esta traducción palabra por palabra, optamos por vocablos en español que se aproximaran adecuadamente al significado de los términos bribris en el contexto en que se están utilizando. Esto no excluyó que, en el caso de algunas palabras y morfemas, se tuviera que recurrir a abreviaturas de categorías gramaticales no presentes en español y por tanto intraducibles. Además de la traducción léxica, el texto va acompañado de notas explicativas de ciertos conceptos muy densos para los cuales no bastaba consignar el significado de la palabra.

En segundo lugar, se agregó la línea que llamamos “traducción oracional”, en la cual se vierte la oración bribri a una oración normal del español, pero que guarde el sentido que tiene en bribri en la medida de las posibilidades.

En tercer lugar, a la traducción léxica y oracional se suma una tercera, que llamamos “traducción libre”. Esta traducción se da por aparte, es decir, no se incluye en la transcripción de formato trilineal numerado. La traducción libre fue preparada por Alí e incluye todas las explicaciones necesarias para que el texto sea comprensible en su dimensión más amplia y culturalmente contextualizada.

La transcripción y la traducción de estos textos en los tres niveles propuestos requieren una labor de análisis sumamente minuciosa, a fin de que el resultado sea tan riguroso como lo demanda el material con que trabajamos. Los textos, además, permitirán hacer estudios más profundos sobre la lengua bribri y su uso; por ejemplo, permitirá observar aspectos de los tipos de discurso instructivo y descriptivo, los cuales no han sido tan estudiados como el narrativo. Precisamente por tratarse de tipos de discurso diferentes, pudimos detectar estructuras gramaticales que no se habían descrito antes. El encontrarnos con nuevas estructuras, para no mencionar la gran cantidad de elementos léxicos que portan multitud de significados simbólicos y específicos al contexto en que se utilizan, demuestra el ingente valor que tiene la preservación de estos materiales.

A lo largo de los años, en todas estas aventuras investigativas, siempre enfrentábamos el problema de la publicación, ¡cómo cuesta! Yo le digo a Alí:

- Amigo, el libro lo hacemos, pero la publicación...

Él responde:

- Por eso no se preocupe, yo me encargo.

Dicho y hecho; Alí estaba colaborando con funcionarios del Instituto Costarricense de Electricidad (ICE) en temas relativos a las comunidades indígenas, y un buen día, cuando el libro estaba listo, me llega con la buena noticia de que esa institución tenía interés en publicarlo. Así resultó la publicación de *Cargos Tradicionales del Pueblo Bribri: Sīd'tāmī, Ókōm, Awá*, en 2008.

Recuerdo que la entrega del libro fue algo muy especial, pues el ICE tenía una actividad muy bonita en la explanada al frente de su edificio: se le rendía un homenaje al insigne ingeniero costarricense don Jorge Manuel Dengo, creador de la benemérita institución. Pues qué honor tan grande, que los funcionarios del ICE incluyeran en el acto la presentación de nuestro libro. Allá fuimos Alí y yo a decir algunas palabras. Fue para mí muy halagador que la encargada de la ceremonia dijera:

- El ICE apoya a las comunidades indígenas y por eso ha financiado la publicación de un libro sobre ese tema. Aquí tenemos a algunos de los muchachos que participaron en la creación del libro.

Esos muchachos éramos Alí y yo; cómo agradecí que me consideraran una “muchacha”.

La última gira que hicimos a Talamanca fue con un propósito distinto. En el segundo semestre del año 2011 impartimos el curso de bribri y tuvimos como estudiantes a varios jóvenes muy entusiastas que manifestaron su ferviente deseo de visitar una comunidad bribri. Casi siempre sucede que cuando los estudiantes proponen ir a Talamanca, todos se apuntan al principio del curso, pero las múltiples obligaciones que tienen con sus estudios terminan por hacerlos desistir. Esta vez sí se logró hacer y la gira resultó todo un éxito.

Nos quedamos en las instalaciones de Finca Educativa en Chiroles, donde nos atendieron a las mil maravillas. Luego visitamos el *ù sule* (casa cónica tradicional) de Kachàbri, en donde nos recibieron los *akékēpa* (señores mayores) miembros de la Asociación de *Awápa* de Kachàbri y con ellos tuvimos un interesantísimo intercambio de impresiones. Al entrar al *ù sule* y sentarnos en círculo con ellos, les digo a los estudiantes:

-A ver, demuestren que aprendieron algo de bribri-, y varios hicieron el esfuerzo:

-*Sa' tsène bua'ē sa' tso' kō' i' kī, Talamanca, a' tã.*

(Nos sentimos muy contentos de estar aquí en Talamanca con ustedes.)

¡Qué bien!; me sentí orgullosa. En el grupo había varios jóvenes europeos: de Francia, Italia y España. Los *akékēpa* les dirigieron una palabras especiales: “Ustedes que vienen de lejos, lleven nuestro mensaje a sus países, cuenten allá cómo vivimos, cuáles son nuestras preocupaciones, cómo es nuestra vida, para que no nos olviden...”

Experiencias como esa me reafirman en que haberle hecho caso al llamado que tuve durante aquella primera clase de lingüística, de seguir este camino, ha sido uno de mis mayores aciertos en esta vida.

Han sido muchos años de tránsito, de redirección, de aprendizaje; a veces también de decepción, de sueños rotos, de buenas intenciones que no pasaron de ahí; de logros y fracasos, de caídas y vueltas al inicio, de ilusiones, unas veces de caminos emprendidos y no finalizados, y otras, de metas alcanzadas.

Ahora que he cruzado la cima de la montaña y voy bajando la cuesta de la vida, trabajo con ahínco en un proyecto que tengo pendiente desde hace veinte años y que he debido suspender en varias ocasiones por razones diversas: escribir la gramática de la lengua bribri, una necesidad que se hace sentir cada vez más y en la que tengo puestos actualmente mis mayores esfuerzos. Espero poder contribuir con una descripción sistemática y comprensiva de esta lengua al pueblo que tanto me ha ayudado a comprender la delicada armonía en que conviven múltiples universos, visibles e invisibles, cotidianos y sobrenaturales.

Bibliografía

- Constenla Umaña, Adolfo. 2007. *La lengua de Térraba: esbozo fonológico y gramatical, y pequeño diccionario*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Jara Murillo, Carla Victoria y García Segura, Alí. 2008. *Cargos tradicionales del pueblo Bribri: Sio'tami - Óköm -Awá*. San José: Instituto Costarricense de Electricidad.
- Jara Murillo, Carla Victoria(dir.), García Segura, Alí(inv.), y Sánchez Avendaño, Carlos(col.). 2003. *Diccionario de mitología bribri*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Jara Murillo, Carla Victoria. 1987. "El campo léxico de la vivienda en el bribri de Coroma". *Estudios De Lingüística Chibcha*, 6.
- _____. 1993. *I ttè: Historias bribris*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- _____. 2004. "Observaciones para el estudio dialectológico de la lengua bribri". *Estudios De Lingüística Chibcha*, 23.
- _____. 2006. *El español de Costa Rica según los ticos: un estudio de lingüística popular*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- _____. 2016. *Mensajes Presidenciales de Costa Rica*. Sites.google.com. Recuperado 23 Junio 2016, a partir de <https://sites.google.com/site/mensaje-presidencialcr/>

